

## DE PINZA A PINZA EN CONFIANZA

**E**stimada joven: No he podido evitar sentir cierta ternura al leer su historia del pasado trimestre. Me ha recordado a mis tiempos jóvenes, cuando yo era una pinza gallarda con toda la vida por delante.

Tan es así que me he puesto a rememorar viejos tiempos, y he pensado que a Vd., que es una de las pocas pinzas que podrían comprenderme, quizá le gustaría oír la historia de esta vieja que ahora reposa en un bar de Arzúa, viendo la vida pasar.

Recuerdo que me fabricaron en Bélgica. Hará de ello unos veintipico años. Junto con mis compañeras de lote fui introducida en el petate de un joven algo alocado, que terminó dando con sus huesos en España, en el dichoso Camino de Santiago. Hace de ello una eternidad.

Por el Camino, que fue largo, todas las demás pinzas terminaron perdiéndose en infinitos recovecos, pero yo, no me pregunte cómo, conseguí sobrevivir en aquella mochila hasta el final del viaje. Creo que fue porque una parte de mí sabía que, si aguantaba aferrada a cualquier solapa, iba a vivir una de las mejores experiencias de mi vida. El caso es que conseguí hasta el final formar parte, pinzamente, del Camino de aquel muchacho, y que volvimos a casa los dos, mucho tiempo después, yo observando sus lágrimas, y él ignorante de mi existencia. Por aquel entonces ya había quedado relegada al tercer bolsillo interior izquierdo de la tal mochila.

Lo que siguió fueron años de soledad, muchos, arrumbada en el 3º Interior Izquierda, la mochila en un oscuro trastero, pensando que ya estaba todo el pescado vendido, o, lo que viene a ser lo mismo, todas las posibles tangas pinzadas en ningún tenderete.

Cual no sería mi sorpresa cuando hace un tiempo, de sopetón y cuando menos me lo esperaba, apareció un tipo en el trastero, cogió la vieja mochila y fue como si un terremoto hubiera removido los cimientos de mi confortable guarida. De repente me vi volteada sin consideración alguna, y saltando por los aires junto con vieiras, guías, bolis, peines de carey, linternitas de mano y otros viejos inquilinos como yo. Todo el vetusto vecindario de la vieja mochila estaba estupefacto.

Una vez recuperada del golpe, me di cuenta de que el tipo era Ralph, aquel joven alocado cuyo rostro casi había olvidado. Claro,

habían pasado más de veinte años, así que no era nada sorprendente que no lo hubiera reconocido a la primera.

Se le veía ansioso, metiendo cosas y más cosas en una mochila nueva y reluciente, y finalmente yo y algunos de mis vecinos fuimos elegidos, no sé bien con qué criterio, para trasladarnos a vivir a la nueva casa, junto con un montón de trastos desconocidos que acababan de llegar.

Me tocó un bolsillo con cremallera, junto a otras jóvenes pinzas que no conocía, pero de las que me hice muy amiga en poco rato. He de reconocer que, después de tantos años sola, tener con quien hablar era de lo más apetecible. Además el nuevo apartamento era mucho más confortable que el anterior. Así pues, nada que perder.

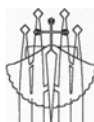
No pasó mucho tiempo antes de que el (ya no tan) muchacho se pusiera en marcha de nuevo. Hay en un Peregrino un peculiar bamboleo de cadera que hace que una pinza se dé cuenta de cuando alguien se ha puesto en marcha, por mucho que vaya tumbada en un bolsillo interior sin vistas al paisaje.

Nunca olvidaré la maravillosa sensación que tuve el primer día en que el Peregrino me sacó de nuevo del bolsillo, junto con algunas de las chicas jóvenes, y me puso a pinzar su bien máspreciado: los calzoncillos. Debió ser la emoción, pero el caso es que me puse a llorar como una idiota, se me desencajaron las mandíbulas, y me las tuvo él que recomponer con el hierrito para que yo pudiera seguir trabajando.

Lo que siguió fue una vuelta a todos aquellos sitios que habíamos recorrido hacía tanto tiempo, que habíamos amado hacía tanto tiempo, y que de nuevo recorríamos ambos con la emoción reventándonos las costuras. Volvimos a pasar por todos nuestros lugares, echamos de menos a gentes del Camino que ya no estaban donde habíamos esperado verlas, conocimos a otras nuevas, y, finalmente y sin saber cómo, me gané el derecho de viajar en la solapa de la mochila, lo que viene a ser el Business Class de las pinzas andarinas.

Un día, cuando ya llevábamos más de 15 días de Camino, el Peregrino encontró por casualidad a una caminante con la que compartió un bocadillo en una terraza, al pie de la vereda. Ella llevaba una vieja y ajada flecha amarilla prendida en su mochila. Creo que fue por eso que comenzaron a hablar. El caso es que la muchacha, que tenía más de esas guardadas en una bolsita, le explicó la historia de las flechas amarillas y terminó ofreciéndole una al Peregrino. Y él, agradecido, le quiso dar a cambio uno de sus bienes más preciados: Servidora.

Me quedé anonadada. No sabía si sonreír por ser considerada tan importante, o echarme a llorar porque me iba a abandonar en manos de la primera facinerosa con la que se cruzaba. En



cualquier caso poco pude hacer al respecto, y para cuando me quise dar cuenta iba pinzada en la solapa de la mochila de aquella tipa, junto a una flecha amarilla andrajosa y terminal, que, sorprendida ella también, no fue que digamos muy acogedora en los primeros instantes. También había por allí un lacito rojo, y un manojo de imperdibles enganchados entre sí, como haciendo piña, que me miraron con toda la insolencia del que sabe que los gayumbos y los calcetines no los va a pinzar precisamente la última advenediza que llega a una mochila. Y menos siendo una anticuada y pesada pinza de madera. Pero de eso iba a enterarme mucho más tarde.

Vi alejarse a Ralph con el corazón partido, y me dispuse a aclimatarme a mi nueva vida de la mejor manera posible. Después de todo, era mejor esto que dormir el sueño de los justos en un trastero de Ostende, ¿no?

Pronto la flecha y yo nos hicimos amigas. Me contó que había intentado desprenderse el primer día, y que la caminante la había rescatado en extremis de debajo de una litera. Ninguna de ellas dos daba un duro porque la flecha aguantara, pero allí estaban ambas, casi dos meses después, siguiendo juntas por el Camino. Me dijo que hasta se habían terminado cogiendo cariño cuando la caminante le perdonó el amago de desertión del primer día. La flecha me contó también que ahora no cambiaría por nada el Camino que estaba recorriendo, y que pensaba aguantar hasta Fisterra, así acabara desintegrándose. Yo la miraba y, la verdad, pensaba que la pobre era excesivamente optimista si creía que lo iba a conseguir. Se había ablandado por lluvias, soles y vientos, el imperdible se sostenía milagrosamente, y ella ya iba deshaciéndose entre los dedos de la caminante. Pero allí estaba, aguantando como una jabata. Así que me callé. El lacito rojo se descojonaba con sorna de los grandes proyectos de la flecha. Los jóvenes de hoy en día ya no tienen educación. Lo fulminé con la mirada y conseguí que se callara.

Hasta que un día de horrible calor llegamos a Arzúa. La pobre caminante, más que bambolear las caderas, arrastraba los pies por las aceras, cuando llegamos a un bar que hay frente al albergue. Allí la esperaba un tipo que no llevaba mochila, ni aspecto de andar caminando, pero que tenía esa inconfundible mirada de los que aman el Camino. Pidieron dos cervezas bien frías mientras esperaban al propietario del bar, que había salido y, casualmente, también era peregrino.

En ello andaban cuando de repente

apareció el dueño, como un remolino menudo, acogedor y vital, y, hechas las oportunas presentaciones, los abrazó a ambos, y compartieron mesa y mantel como si se conocieran de toda la vida.

Yo observaba divertida la escena. Todo iba estupendamente hasta que la caminante pidió poner el sello del local en su credencial. Era un sello rotundo, hermoso, inmenso como un plato de lentejas, y ella abrió dos ojos como soles mientras le decía a él que, a cambio, le iba a dar uno de sus bienes más preciados. Mierda.

Viendo la que se avecinaba aflojé las mandíbulas y caí disimulada y mansamente al suelo, como quien no quiere la cosa, justo entre las patas de dos sillas. Pero ya era tarde. Se había fijado en mí, yo era de nuevo "el bien más preciado" de un mochilode, y, antes de darme cuenta, pasé de la

solapa de la mochila de la caminante a adornar una estantería de cristal que no había visto en mi vida. Caí justo al lado de una botella de Martini rojo, que me sonrió acogedora mientras yo me despedía a toda prisa de la flecha, deseándole mucha suerte para la empresa que aún le quedaba.

La verdad es que al principio no lo llevaba muy bien, pero ahora estoy lo que se dice encantada. Joan me trata con mucho cariño -de vez en cuando hasta me habla-, el bar está siempre lleno de peregrinos, y todas las botellas de alrededor me han acogido como si fuera una de ellas. La pena es que van de paso, y para cuando cogemos confianza ya se las llevan vacías en un cubo negro. Por eso he pedido que me suban a la estantería del Ponche Caballero, de la Quina Sansón y del DYC 8 años, que me da que éstos se van a quedar más tiempo, y no está ya una para irse encariñando y desencariñando de la gente así como así.

Bueno, joven, espero no haberla molestado demasiado con mis disquisiciones. Que sepa Vd. que, si consigue salir de ese tenderete y llegar hasta Arzúa, tiene un pinzolabis pagado a mi cuenta en uno de los mejores bares de todo el Camino. Me gustará conocerla y compartir.

Pero dése prisa, que con estos humanos nunca se sabe: lo mismo un día de estos le regala el Joan "uno de sus bienes más preciados" a la primera peregrina guapa que pase por aquí.

Suya. Una vieja pinza nostálgica.

P.S. He de decirle, para mi alegría, que acabo de recibir postal de mi amiga la flecha, desde Fisterra.

Silbia Lerindegui

